

LA ÚLTIMA CARAVANA

Raúl Argemí



Entonces el gobierno hizo lo único que puede hacer un gobierno
que no esté dispuesto a desempolvar la guillotina:
decretó el cierre de todos los bancos.
Fue como si Dios hubiera decidido irse de viaje para siempre.

Annotation

Una mujer, Laura, llega a un geriátrico, a orillas de un lago patagónico, en busca de un hombre que puede darle noticias de su padre, a quien no ve desde su infancia.

Por lo que sabe, ese hombre, llamado Roque Pérez, compartió el trabajo con su padre, varios años atrás, en una ciudad patagónica llamada Fiske Menuco.

Roque Pérez le contará la aventura de la fundación de un extraño partido político en medio de la peor crisis económica de Argentina, y los detalles del robo a un banco, realizado por un grupo de ex presos políticos, prostitutas, cantantes de coro y ancianos jubilados. También le hablará de la desesperanza, del naufragio de todo, de la diáspora general y de la marcha hacia la nada que emprendió el grupo después del robo: la última caravana.

En los sucesos que va narrando Roque Pérez, a Laura le cuesta separar la fantasía de los hechos reales. Pero esos episodios, donde la tragedia roza permanentemente el ridículo y el esperpento, han generado la leyenda de un pueblo, en medio del desierto, que comenzó por el cementerio...

RAÚL ARGEMÍ

La última caravana

Edebé

Sinopsis

Una mujer, Laura, llega a un geriátrico, a orillas de un lago patagónico, en busca de un hombre que puede darle noticias de su padre, a quien no ve desde su infancia.

Por lo que sabe, ese hombre, llamado Roque Pérez, compartió el trabajo con su padre, varios años atrás, en una ciudad patagónica llamada Fiske Menuco.

Roque Pérez le contará la aventura de la fundación de un extraño partido político en medio de la peor crisis económica de Argentina, y los detalles del robo a un banco, realizado por un grupo de ex presos políticos, prostitutas, cantantes de coro y ancianos jubilados. También le hablará de la desesperanza, del naufragio de todo, de la diáspora general y de la marcha hacia la nada que emprendió el grupo después del robo: la última caravana.

En los sucesos que va narrando Roque Pérez, a Laura le cuesta separar la fantasía de los hechos reales. Pero esos episodios, donde la tragedia roza permanentemente el ridículo y el esperpento, han generado la leyenda de un pueblo, en medio del desierto, que comenzó por el cementerio...

Autor: Argemí, Raúl
©2008, Edebé
ISBN: 9788423692842

Generado con: QualityEbook v0.87

Raúl Argemí

La última caravana

© RAÚL ARGEMÍ, 2008

© Edebé, 2008

Primera edición, noviembre 2008

ISBN 978-84-236-9284-2

—No —repuso Mack—. A veces me gusta un libro que sirva de válvula de escape. Hay que darle la oportunidad de desahogarse al que lo escribe. Emplear algunos giros literarios o cantar algunas cancioncitas. Eso es bueno. Pero me gusta que vayan aparte para no tener que leerlo. No me agrada que las florituras literarias aparezcan mezcladas con el relato. Así que si el que escribe quiere lucirse, que lo haga al principio. Entonces uno se salta y, si quiere, siempre puede leerlo, después de enterarse cómo discurre la historia.

Y dicho esto se recostó y se quedó contemplando el dosel que tenía encima de la cabeza.

—Lo veo clarísimo —afirmó Mack.

—¿Fantasmas? —preguntó Eddie.

—¡Demonios! ¡No! —repuso Mack—: Capítulos.

Dulce Jueves (John Steinbeck)

«Y entonces, un día, las lenguas se multiplicaron, y ningún hombre pudo hacerse entender por otro hombre.

Nadie sabe si la torre de Babel hubiera alcanzado el cielo.

Todos saben lo que sucedió luego.»

A MODO DE PROLOGO

LOS INCURSORES de la noche, sean cazadores de gatos, pumas o comandos, saben de un axioma: para ver en la oscuridad no hay que mirar de frente. El «punto ciego» oculta el objetivo. Hay que mirar como con displicencia, como si importara otra cosa, para que el objeto sea revelado por la visión periférica.

Con lo que, invirtiendo el juego, podríamos aventurar que lo central está en la periferia, en el fondo que sostiene el primer plano.

Es cierto, adoptar ese punto de vista requiere un esfuerzo, una brutal disciplina si el que mira es un combatiente nocturno, y el punto ciego puede ocultar su muerte. También es cierto que en ocasiones es imposible.

Pero, reduciendo el campo a lo cotidiano, vale decir que lo evidente necesita de una cierta manera de mirar para ser visto. Sin esa mirada, hay algo importante que se nos escapa.

Por ejemplo: todo el mundo ha tropezado alguna vez con una reproducción de *Las meninas*, el cuadro de Velázquez. Hay enanos, un perro, los menores de la familia real, y el artista. Pero, muy atrás, en el centro de la pintura y recortado por el vano de una puerta, se ve a un hombre.

Por lo que sabemos era José Nieto, «Aposentador de la reina». ¿Qué hacía? Tenía el honor de abrir o cerrar las puertas cuando se le mandaba.

Todos los personajes, incluidos Velázquez y los reyes, que se ven reflejados en un espejo, «posan para la cámara». El Aposentador parece mirar el conjunto. ¿Qué observa José Nieto?

Si por un momento centramos la mirada sobre este hombre en el fondo, aparece un fantasma. El fantasma de

una opinión sobre lo que ve, y una duda en los ojos. Casi podemos adivinar qué pasa por la cabeza del abridor de puertas, mudo y sordo para todo lo que se cocina en los cuartos reales. Testigo de la inteligencia de los enanos, y de la tontería de sus amos.

Entonces, la totalidad del cuadro se nos hace distinto.

Es que los datos, los hechos secundarios, definen mejor que nada un conjunto de objetos: un período, un proceso de cambio, o una catástrofe.

La historia de «la última caravana», contada por el sujeto llamado Roque Pérez, puede «enrolarse» en cualquiera de esas tres calificaciones. Y, visto que el narrador suele dar por conocido lo poco conocido, tomaremos un elemento de fondo que dice mucho del primer plano: las pensiones de Fiske Menuco.

Muchos economistas estudian, o deciden ignorar por improbable, ese período en que la Calesita puso el mundo a girar, y todo infeliz que estuviera empleado en alguna de las infinitas ramas del Estado sabía dónde despertaba, pero no podía estar seguro de dónde dormiría esa noche, ni dónde haría como que trabajaba al día siguiente. Lo único firme en ese tembladeral era que buscaría cobijo en alguno de los innumerables hospedajes transitorios que florecían por todas partes.

Pero antes de explayarnos sobre el florecimiento de los albergues, cabe una indicación para los editores, que no terminan de entender qué es esa cosa llamada «Calesita».

Según el Pequeño Larousse Ilustrado, en América meridional se conoce como «calesita» al tiovivo o carrusel. Esa plataforma redonda sobre la que se plantan caballitos de madera, elefantes o patos de plástico, perseguidos por minúsculos camiones de bomberos, para que los niños suban en ellos y giren sin cesar, siempre adelante, siempre a ninguna parte.

Cuando se impuso el afán por reducir los presupuestos provinciales, sin perder el favor de los votantes, casi todos

empleados del Estado, alguien inventó una rotación perpetua de personal, en reparticiones que duraban lo que un parpadeo. Con grandes voces y declaraciones se borraban de un plumazo uno o dos ministerios, mientras a chitas y callando se creaban un sinnúmero de oficinas y reparticiones menores que absorbían a los despedidos de los ministerios, generalmente en sitios lejanos y dispersos.

Luego, seguramente para evitar todo posible recuento, esos entes eran tragados por la nada y sus empleados pasaban a revistar en nuevos productos de la imaginación administrativa, cambiando otra vez de ocupación y de sitio geográfico. Así, una y mil veces.

Ese giro de aquí hacia allá, sin llegar a ninguna parte, hizo que todos se sintieran a bordo de un carrusel, un ti vivo, una calesita sin límites que giraba sin parar.

Entonces fue cuando la inventiva popular bautizó como «Calesita» a ese incesante traslado de oficinistas de un destino a otro, para mantener fuera de todo alcance ponderativo el número real de sus componentes. Y como la inevitable diáspora que provocaba la Calesita se compensaba, a modo de parche, con legiones de pensiones de pobre para abajo, retomamos a la importancia de las pensiones.

Roque Pérez habla muy poco de esos albergues. Tal vez porque la necesidad de no verlos los convertía, como a los aeropuertos o los grandes centros comerciales, en sitios anónimos por los que se pasa sin dejar huella; y sin permitir que dejen huellas en nosotros.

El caso de las pensiones de Fiske Menuco fue un ejemplo típico, una demostración de los caprichos del destino. Una versión doméstica de la alegórica rueda de la vida, donde todo lo que hoy está arriba mañana puede estar abajo, para luego hacer el camino inverso y repetir el ciclo por toda la eternidad.

Tomemos como modelo la Pensión Familiar Pardo, primer hogar de Roque Pérez cuando llegó para sumarse al

«Polo Somuncurá/Centro promocional».

Nicanor Pardo, apodado El Vasco, había comenzado con una fonda y mostrador de bebidas que, ante la llegada cada vez más frecuente de viajeros, fue creciendo a tirones, agregando cuartos, patios, aljibes, excusados y corrales para carros y caballos, que se podían tomar por día o por mes, a convenir, con lo que se había ganado el título de «Hotel».

En esa prehistoria, Fiske Menuco era cabeza de un embrionario poder judicial y administrativo, en el comienzo mismo de la Patagonia. Lo que traía aparejado que todo Cristo que tuviera algo que arreglar con el Estado, recalaba en el reconocido y único hotel de la ciudad.

A fines del siglo XIX la ciudad era una estación del ferrocarril, varias docenas de casas y una red de huellas más que caminos. Huellas que unían la estación del tren con las explotaciones rurales, donde los inmigrantes se dejaban la espalda plantando sueños.

En ese tiempo hizo base en el hotel el único fotógrafo en cientos de leguas a la redonda. Justamente, en el reverso de las sepiadas fotos de la época campea un sello redondo: «Aurelio Battista, fotógrafo — Hotel, fonda y frontón de pelota vasca de Nicanor Pardo».

Cualquiera que haya visto esas fotos, en colecciones privadas o en algún museo puesto para recordar la inmigración a la Patagonia, sabrá que todo, absolutamente todo lo que se pudiera quedar quieto el tiempo necesario, era atrapado por las emulsiones de plata de Aurelio Battista, preparadas en condiciones de secreto casi alquímico.

Bodas, con la pareja vestida de fiesta, él sentado y ella de pie. Olvidados mitos de la ópera italiana o el teatro criollo que, en plena decadencia, se apuraban a ganar sus últimos pucheros en giras de provincias. Pelotaris foráneos que llegaban para sonados duelos con los créditos locales. Funcionarios y jefes de policía que estrenaban cargo y bigotes endurecidos con goma tragacanto; o su contraparti-

da, bandidos célebres que llegaban en correrías celebradas por muchos y perseguidas por pocos. Todos se dejaban atrapar por la promesa de inmortalidad que prometían las manos de ese fotógrafo de frontera.

Lo curioso es que en casi todos los retratos el fondo es el mismo: un telón pintado con imaginativas plantas trepadoras, una columna de inspiración griega que sostiene un macetón con flores de papel y, en el costado izquierdo, un limonero. El limonero en las fotos era una exigencia del dueño de la fonda. Es que lograr que un limonero medre en los rigores del Sur es casi un milagro, un milagro muy rentable en las deliciosas limonadas de verano, y Nicanor Pardo era listo para publicitar su negocio.

Es ese limonero siempre presente el que unifica, como en un álbum de familia, los retratos de policías y bandidos de la época que, aseguran, se ignoraban diplomáticamente ante el mostrador de vinos y cañas del Vasco, hombre de poca paciencia y puños demoledores a la hora de tranquilizar a sus parroquianos.

En una palabra, el establecimiento fue, hasta el segundo decenio del siglo XX, un comercio incuestionablemente lucrativo. Pero todo lo que sube baja, y cuando el progreso trajo consigo al primer hotel digno de tal nombre, comenzó la decadencia.

Muerto el vasco Pardo, dicen que por las exigencias de un polvo a la siesta luego de trasegar varios platos de patitas de cerdo a la vinagreta, se hizo cargo de todo su «última viuda», como preferían llamarla las malas lenguas de las mejores familias. La «Parda» Azucena, mujer oscura, de pasado y de tez, que ostentaba apodo propicio a confusiones con el apellido del Vasco, puso manos a la obra, nadando a favor de la corriente. Su parte india la hacía proclive al fatalismo.

Así, la Parda se dio en romper el entramado de habitaciones, corrales y sucuchos construidos en torno a tres patios ajedrezados —que por su profusión de geranios y mal-

vones eran reconocidos como «andaluces»— para vender esos lotes de tierra, y «vivir la vida».

En ese trance el antiguo frontón de pelota vasca se convirtió en medianera del primer edificio alto que hubo en Fiske Menuco, y Aurelio Battista un día levantó campamento, con sus máquinas de fotografiar, sus cubetas de revelado y sus drogas de extraños olores en frascos del color de los caramelos, para irse más al Sur, a la nueva frontera, sin que jamás se volviera a saber de él; ni quedara ninguna foto suya que nos dijera qué cara tenía.

La Parda, y los numerosos descendientes del sanguíneo Nicanor Pardo, que prohijaba aunque no fueran suyos, subsistieron mal que bien muchos años, hasta que se los fue comiendo el olvido.

Sin la contundencia del Vasco, el mostrador de vinos, cañas y aguardientes fue testigo de varias muertes. En algunos casos, oficiales. Es decir, que el muerto fue muerto por la policía. En otros, circunstanciales, porque una frase mal entendida, un giro del idioma a esas alturas alterado por centenares de inmigrantes —italianos, libaneses y hasta judíos rusos—, favorecía las confusiones, y algún forastero que recorría la línea del ferrocarril vendiendo tijeras alemanas o casimires ingleses, siempre llegando del lejano Buenos Aires, quedaba tendido con una nueva boca sonriendo desde su barriga.

De manera que la pensión languideció como quien se desangra y nadie volvió a llamarla «Hotel, fonda y frontón de pelota vasca de Nicanor Pardo». Para todos era la pensión Pardo, o «de la Parda», derivación que hablaba de la calidad misérrima de sus pensionistas.

Con el descuartizamiento sin tregua, la pensión de la última viuda se redujo a un enfilado de piezas descascaradas, y se hizo hostel de putas pobres que levantaban clientes ante su puerta. Lo que la convirtió, rápidamente, en el infierno que prometían las madres a las hijas que les salían ligeras de conducta, y en el sitio en que los hermanos de

las niñas hacían su estreno en los avatares del sexo. Un sitio por el que unos y otras evitaban pasar cuando podía haber testigos. Un sitio que, cuando pasaban por la otra vereda, espiaban de reojo, como si se estuvieran asomando a una módica y miserable Gomorra.

Nadie recuerda cuándo se fue de la ciudad la Parda o «la Pardo», que para el caso es lo mismo. Hay quien asegura que le fue insostenible la relación paralela que mantenía con el comisario en funciones y el famoso bandido Juan Bautista Bairoletto —que en algunos expedientes judiciales figura como «Vairoletto»—, ecuación que mantenía en paz el cotarro. Y que se fue, amansada por los años, para casarse con un tendero del Uruguay.

Aunque ésas son habladurías. Lo cierto es que un hijo, acusado de mariconería por las almas en paz con la iglesia, se convirtió en el protector de meretrices y desvalidos de Fiske Menuco —sin eufemismos, los hijos de las putas— y sólo un viajero muy desinformado podía alojarse en la pensión. Allí era más fácil pegarse una enfermedad vergonzante que encontrar agua en las tres duchas compartidas.

Pero siempre hay revancha, dicen los políticos veteranos, que de supervivencias extremas saben más que Robinson Crusoe.

En las postrimerías del siglo XX, la Calesita llegó de golpe, alterando los destinos y previsiones de todo y de todos.

Sin que nadie pudiera imaginarlo, los alojamientos de cuarta categoría para abajo se convirtieron en un negocio redondo. Tanto que, como con la llegada de inmigrantes a Buenos Aires allá cuando comenzaba el siglo, se hicieron jugosas inversiones en pensiones que nacían pobres y desgarradas, sin necesidad de decadencias previas. Uno o dos largos o enredados pasillos flanqueados por piezas iluminadas con una sola lamparita de 25 vatios, cocina colectiva, y un par de baños al fondo, siempre insuficientes para la po-

blación flotante. Los precios eran accesibles, y el pago se exigía por adelantado.

Cuando Roque Pérez arribó a la ciudad de Fiske Menuco y, por cosas del azar, dio con sus huesos en la que a esas alturas se anunciaba como «Pensión Familiar Pardo», nadie sabía a ciencia cierta a qué corporación financiera pertenecía ésta. La única certeza, que se puede poner en dudas sin enrojecimientos faciales, era que el fantasma del último hijo de «La Pardo» vagaba por las piezas desocupadas. El hombre, en una noche de desvarío que la investigación policial enterró sin profundizar, había terminado con su cuerpo tendido en el patio, con unas medias negras de mujer y de nylon estrangulándole el gáznate.

Pese a todo —y aunque Roque no supo tomar en cuenta ese detalle por su manía de esconder la cabeza en los libros—, en un rincón de lo que quedaba del primer patio ajedrezado, en una hornacina que en sus orígenes cobijara a un santo o una Virgen, siempre había velas encendidas y flores de papel ante un retrato.

En la pensión ya no habitaban putas, habían sido reemplazadas por los trashumantes empleados públicos; pero dos de ellas, retiradas y ya mayores, ejercían el papel de encargadas del establecimiento y, paralelamente, de propagadoras de la fe en «El Pardito».

En la hornacina, tras las velas y las flores de papel, se conservaba una foto que cada día más pobladores llevaban en el bolsillo, o veneraban a escondidas. En blanco y negro, recortada de las páginas policiales del diario local y protegida entre dos rectángulos de vidrio, la foto mostraba al último hijo de la Parda, con cara de ángel y en el día de su Primera Comunión.

Dos virtudes ponían al Pardito en camino hacia la santidad. Por un lado, su comprobada capacidad para conseguir trabajo a los hombres angustiados por la desocupación. Por el otro, la infalible virtud de liberar a las mujeres de embarazos no deseados.